



# I

## *Inmenso amor de N. S. Jesucristo en la institución de la Santa Eucaristía*

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

JOAN. XIII, I.

Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

■. Con profunda sabiduría trazó sobre dispuesto lienzo, un desconocido autor, magnífico trono, y sentada sobre él una rutilante doncella, vestida de grana, que, puestos los ojos en el cielo y vuelto el índice de la mano derecha hacia Dios, bajaba el de la izquierda en dirección á los hombres, y lo volvía á fijar en el Autor de lo existente en quien finalmente paraba. He aquí el bello emblema del puro y ferviente amor que, teniendo por objeto á Dios y á los hombres, no se detiene en éstos sino que termina en Aquél.

Pero, ¿qué es el amor? cuál su naturaleza? qué tendencias tiene? qué efectos produce? qué fin se propone? Asuntos tan difíciles de explicar como los misterios, el amor se siente más que se expresa, ya que su fuerza no puede medirse, ni aun sus límites señalarse. Nos consta sin embargo que el amor por su naturaleza es omnipotente, y sus propiedades se traducen por la eternidad, la invencibilidad, el desinterés, la heroicidad y el ardor. Sus tendencias son atraer al objeto amado, unir las dos voluntades, fundir si fuese posible todo el compuesto de los dos seres, y establecer

eléctrica corriente de afectos que despierten, que conserven y que fomenten el amor. Cuando una de las dos voluntades es superior en poder, en bondad ó en belleza, es ley del amor que la mayor esclavice á la compañera, que se apodere de sus tesoros y que resulte por dominar y ser árbitra de ese ser moral producido por la fusión. Sus efectos se confunden con sus propiedades, ya que el amor lo puede todo, relativamente si es humano y absolutamente si es divino; todo lo vence, todo lo allana, no hay dificultades para el amor, pues las salva todas; no hay hielo para el amor, pues lo liquida al momento. El fin del amor es procurar el bien mutuo, es gozarse en ese bien, es eternizarse en ese dulce gozo.

2. Si fuera suficiente lo expuesto para comenzar á tratar del amor que profesa Dios á la racional criatura, de ese amor divino que se ha manifestado desde el comienzo del mundo hasta la Encarnación del Verbo eterno, me contentaría con las ideas precedentes, porque grande es mi insuficiencia; pero anhelando ocuparme de un amor singular, de un amor peregrino, de un amor inaudito, que el Verbo encarnado ha demostrado al hombre, dándole á comer su misma Carne y á beber su propia Sangre, mi inteligencia se anubla; mi imaginación se agota, mis facultades se esterilizan. El amor de Jesucristo en la Eucaristía es tal, que Nuestro Señor, para instituir este bello Sacramento, ha puesto en actividad todo el divino mecanismo de sus fuerzas infinitas y se ha esforzado en brillantar sus hermosas perfecciones, por lo cual se afirma con toda verdad que el Omnipotente arrojó sobre el Sacramento del altar el resto de sus riquezas; y por esto mismo podemos sostener también nosotros que el amor de Dios en la Eucaristía toca sus términos.

3. Y ¿quién podrá sondear este amor infinito? ¿Quién explicar su fuerza, sus propiedades, sus efectos? ¡Pobre inteligencia humana! Lo que sabes tú del amor de Cristo Sacramentado, comparado con su realidad, es como leve gota de agua comparada con la que encierran los inmensos

mares; es como diminuto grano de arena parangonado con toda la materia del universo; es como pequeña chispa equiparada con el fuego del sol. ¿Y qué? he dicho algo que pueda rastrear el amor de Jesús en la institución de la Eucaristía? Mejor será que confiese que nada sé decir de este infinito amor.

Mas es preciso bosquejarlo; al efecto divido la materia en dos partes: 1.<sup>a</sup> *De qué manera nos ha amado Jesucristo en la institución del Santísimo Sacramento*; 2.<sup>a</sup> *Cuánto nos ha amado*.

## §. I.

1. Al modo que el soberbio templo de Jerusalén fué denominado con toda propiedad templo de Salomón, por más que contribuyeran á edificarlo aventajadísimos maestros en el arte, así la Sagrada Eucaristía es apellidada Sacramento de caridad, aun cuando todas las demás perfecciones divinas contribuyan á formarla y engrandecerla. En efecto: todas las virtudes infinitas descuellan en este Santísimo Sacramento, pero ninguna de ellas lleva ventajas á la caridad; y es porque el móvil de la institución eucarística fué el amor. S. Agustín le llama lazo de amor (1), *vinculum charitatis*; los demás santos le denominan Sacramento de amor, y el inmortal León XIII le reconoce por signo perfecto de amor (2).

Si, pues, no solamente es prenda de amor, sino el amor mismo; y la causa eficiente de este gran Sacramento fué el amor y se conserva por el amor, ¿de qué manera nos amó Jesús al instituirlo? Categóricamente podíamos responder á esta pregunta diciendo que nos amó primeramente con un amor eterno. «Te amé con amor perpetuo (3),» con un amor que tuvo sus principios en la eternidad. Fué la Eucaristía una donación perpetua, irrevocable en cuanto á su designio, añade Tertuliano.

(1) Tract. 26 in Joan., cap. 6.

(2) Respuesta á la carta del Sr. Obispo de Lugo, D. Benito Murúa, en la que bendecía el futuro congreso eucarístico.

(3) Jerem. XXXI, 3.

5. Semejante caridad la demostró el Eterno desde un principio; el amor le llevó á obrar prodigios á favor del hombre y condescendencias con el ser privilegiado. Remontándonos á los principios de la creación, veremos al amor de Dios, incipiente respecto de la criatura, crecer paulatinamente hasta llegar al extremo de no poder pasar adelante sin la institución de la Eucaristía. Contemplad á ese eterno Ser, infinito, omnipotente, que, siendo glorioso en sí mismo y sin tener necesidad de nadie, saca del caos al universo, y le puebla de provechosas bestias, de exquisitas plantas, de canoras aves; le enriquece con deliciosas fuentes y con ricos minerales; le adorna con esas esferas luminosas que gravitan sobre nuestras cabezas; y cuando tiene dispuesta la habitación, y cuando la ha hermo­seado, forma al hombre del polvo, y le otorga la imagen de sí mismo, la vida, fuente del conocimiento y del amor, principio de felicidad y de gozo; y le constituye rey de la creación, dueño de ese palacio inmenso, tan perfectamente armonizado, tan sumamente delicioso. Prevarica el hombre; pero Nuestro Señor le ama con caridad perpetua, y no le arroja al averno como á Luzbel, y no le destruye, ni le aniquila, sino que en medio de la hecatombe universal, en medio del horroroso diluvio, le preserva en Noé y su familia. Se contamina de nuevo la especie humana; mas Dios la aprecia, y para no destruirla como merecía, segrega de la sociedad corrompida hombres particulares que constituyan un pueblo escogido, segregación que fué completamente gratuita y fundada en el amor (1).

Sí; ésta fué obra del amor divino, y en ella afianza más el Eterno su caridad para con su privilegiada criatura; la libra de todos sus enemigos, no sin obrar antes y después innumerables portentos; la cede una tierra de la que mana miel y leche; la promete finalmente un Libertador, hijo de su descendencia. ¡Qué pruebas! ¿Será posible que prosigamos refiriendo los prodigios del amor de Dios sin omitirlos casi

(1) Deut. VII, 8.

todos? Omitiéndolos, empero, y volviendo nuestra mirada á los más visibles, ¿á qué no fuerza el amor? Ved al Hijo de Dios cómo baja de su solio y se une á la criatura; pero, ¿fué por librarla solamente del pecado, ó por gozarse con ella? ¡Ah! yo reservo para el mismo Dios este ideal sin segundo, y me limito á decir que vino á librar al hombre; mas vino por amor y le libró amando, y porque tuvo deseos de amarle más, se quedó en su compañía, amándole. Enseña el Angélico tres clases de amor, á saber: unión de semejanza, unión de afición y unión de substancia. La unión de semejanza, causa y efecto del amor, se realizó en la creación del hombre; la unión de afición en la Redención, y la unión de substancia en la Eucaristía. Ved, por lo tanto, á Dios que, por estar aficionado al hombre, toma su naturaleza y aparece en el mundo vestido de carne; aquí realizó la unión de afición. Jesucristo amó á la racional criatura hasta el punto de que el mundo pensara que Jesús no podía excederse en su amor. Con efecto, el Salvador no hizo otra cosa en su vida mortal que amar al hombre, porque amar es ejecutar todo lo que practicó Cristo por amor al hombre: amar es nacer en un establo; amar es sufrir persecuciones; amar es trabajar corporalmente en un pobre taller; amar es experimentar hambre, sed, cansancio, frío, calor, las molestias del cuerpo y las inclemencias del tiempo; amar es ser maldecido, escarnecido y despreciado; amar es ser tratado de loco, de embustero, de infame, de ladrón y de endemoniado; amar es ser maniatado, azotado y coronado de espinas; amar es ser crucificado, derramar toda la sangre y expirar en un patíbulo por salvar al amado: todo por el hombre.

6. ¿Queréis todavía más pruebas de amor? No podía el hombre solicitar más; todo estaba cumplido, hasta el hombre quedaba satisfecho; mas el amor del Eterno quedaba por satisfacer aún. Cristo había amado á los suyos hasta la hora de morir por ellos, y les había dado demostraciones suficientes; pero un amor perfecto es eterno, y Jesucristo, según su infalible promesa, amaba al hombre eternamente. «Como amase á los suyos que estaban en el mundo les amó

hasta el fin». Y este fin, ¿cuál era? ¿sería el término de la vida mortal de Jesús? Sí; porque simplemente el término de la vida del Salvador no podía ser, ya que Cristo vive siempre, vive eternamente y con él vive su amor; por manera que, antes de morir, reconcentra su caridad: era la última demostración de cariño que daba á sus discípulos en vida; quería otorgar su eterno testamento; quería dejarles un memorial de su vida, de sus trabajos, de su pasión, una prenda de su amor, y ¿qué es lo que hace? Era preciso que la prenda sobrepusiese en mérito y en valor á todas las que había regalado hasta entonces, porque nada menos que ella debía ser la causa impulsiva del amor de correspondencia que los discípulos debían mostrar en lo sucesivo á su Maestro.

3. Jesucristo, pues, tenía reservado en su corazón el Memorial referido; había deseado, hasta con santo delirio, que llegase la hora de comer la última pascua con sus discípulos; y entonces, según frase del Apóstol, vese á la «caridad de Cristo sobrepasar todo entendimiento (1)». El Verbo era fuego consumidor (2), pero hasta entonces no lo había completamente manifestado; consumido por el amor, quiere abrasar á los demás en la misma caridad, y pronuncia sobre el pan y el vino las sagradas y omnipotentes palabras, y efecto de ellas, Cristo se da en comida y bebida á los suyos; el amor que tenía reservado en su pecho lo transfiere á sus hijos; se alimentan con la carne de su Padre y quedan al propio tiempo inflamados de su caridad. ¡Qué amor el de Jesucristo! Todo lo había dado sin reservarse nada, dice el Crisóstomo. Tanto fué, añade un autor, lo que nos dió entonces que si la criatura le pidiese aun más en esta vida mortal, se vería obligado el Señor á responderle: *Habiéndote dado mi Cuerpo bajo las especies de pan y mi Sangre bajo las de vino ¿qué más puedo ya darte? No hay ya don en los inexhaustos erarios de mi infinita beneficencia*

(1) Efes. III, 19.

(2) Deut. IV, 24.

y de mi poder inmenso, como que se ha agotado y no tiene que dar sobre la tierra una cosa de mayor aprecio (1).

Fijaos bien, espíritus indiferentes: vosotros que jamás apreciáis los dones del Excelso; fijaos en esta cualidad que en la institución de la Eucaristía tiene el Amor divino encarnado, y veréis cómo es eterno; ya os he explicado que su origen data de la eternidad; pero he ahí que la Eucaristía es el gran medio de esa eternidad; el amor demostrado por Jesucristo en dicha institución sube hasta perderse en el principio de ella, y baja hasta el fin del mundo para eternizarse otra vez en Jesucristo. Porque este amor debía ser eterno, Jesucristo, al separarse de la vista de los hombres, lo conservó en la Eucaristía, debiendo la Eucaristía transmitirlo y perpetuarlo hasta el fin de los tiempos. «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

8. Vista la eternidad de este amor, corresponde estudiar las demás propiedades que le caracterizan.

Primeramente es invencible. «Todo cuanto existe, dice resueltamente un Padre de la Iglesia, se sujeta á las leyes del poder divino, pero Dios se sujeta á las leyes del amor.» ¿Y cómo no, si Dios es el bello ejemplar de la caridad perfecta? Pero al amor nada le arredra, todo lo allana, se le sujeta todo; es preciso para amar mucho tener fuerza omnipotente; por esto dice S. Bernardo «que la naturaleza de Dios consiste en amar, pero ama con tal vehemencia que no tanto puede decirse que ama como que es el mismo amor». En el Sacramento del Altar es donde el amor de Jesús tiene tal vehemencia que, á más de superar los montes de dificultades y resistencias de sus enemigos, varía ó suspende las leyes de la naturaleza únicamente por llevar á cabo su amor. La Eucaristía es una serie de estupendos milagros, y cada milagro prueba que el amor de Jesucristo en este Sacramento es invencible. ¿Quiere inmolarsse en el altar? se inmola, en efecto, y no muere. ¿Pretende estar realmente presente bajo las especies de pan y vino? se está y aparece in-

(1) P. Juan Bta. Pagani, tom. I, cons. II del alma devota.

visible. ¿Apetece ser comido de los hombres? todos participamos corporalmente de Él y no es dividido ni consumido. ¿Anhela morar en todas las almas? va á las mismas por la Comunión y sin embargo permanece indiviso. ¡Qué prodigios! todos los obra el amor de Jesús; para él nada hay difícil: es invencible.

9. Empero, también es desinteresado. Celebraron los dos Tobías la generosidad del arcángel S. Rafael, al no querer tomar ninguna recompensa por el viaje hecho á Gabelo: no tuvo en ello el enviado de Dios ningún interés humano; pero si nosotros debiéramos celebrar con justicia la generosidad de Nuestro Señor en la institución de la Eucaristía veríamos que el don fué inmensamente mayor, que los trabajos fueron mucho más insuperables, y que las criaturas á quienes se concedía eran ingratas y no obstante nos le concedió. Jesús no ignoraba que después de la institución de este Divino Sacramento habían de surgir á la manera de reptiles de la tierra hombres malvados, como Arrio, que negarían su omnipotencia para obrar el Misterio de la Eucaristía; como Berengario y Calvino, que rechazarían su presencia real; como Lutero, que admitiría la impanación; como Jansenio, que apartaría á los fieles de la frecuencia de la comunión; como los francmasones, que atentarían contra la augusta Persona de Jesucristo en la Hostia, y como miles de perversos cristianos, que le profanarían y le tratarían con indiferencia y se olvidarían de tan grande beneficio. Todo esto lo sabía Jesús; y sin embargo, nos regaló su Cuerpo y su Sangre preciosos. Él se dirige sacramentado á todas partes y se deja colocar en muchos lugares, sólo por afecto al hombre. Y ¿qué puede esperar de éste? qué beneficios le puede reportar? qué necesita de él? nada, absolutamente nada. Empero Jesús pasa por encima de todo, y como si el hombre fuera un ser necesario para el Salvador, todos los días está á su lado rogándole y pidiéndole la limosna de su gratitud. ¿Puede ser el amor de Cristo Sacramentado más desinteresado?

Todavía va más adelante su caridad. Si una persona que

ama con amor verdadero, intentase dar al amado un bien que costase infinitos sudores, crecidas sumas, vencer mil dificultades, haber expuesto su propia salud y hasta su misma vida, y le fuese revelado que esa persona tan amada, á la que nada absolutamente debía, le había de agradecer el beneficio con olvidarle, retribuírsele con desprecios, afrentas y persecuciones, ¿lo hubiera concedido? Ya que no; y ¿por qué razón? porque su honor no lo hubiera permitido. Pues Jesús hizo menos caso de la gloria que podía reportar en esta parte, aun cuando el que se burla del Sacramento lo pagará con creces en el juicio, el Salvador quería tener sus finas delicias con los hombres y por más que algunas veces es hecho juguete de los mismos, al amor, ¿qué le importa?

10. Si es, por lo tanto, el amor de Jesucristo desinteresado, también es heroico. Jesucristo abrigaba un entusiasmo tal al instituir la Sagrada Eucaristía que los días le parecían eternidades; no se crea que es esto exageración, porque como el Hijo de Dios sabe pesar con equidad las cosas, conocía perfectamente hasta dónde llegaba su amor, y en el deseo de exteriorizarlo con la Institución eucarística, padecía lo indecible hasta el extremo de exclamar: «Con ansia inexplicable he deseado que llegase la hora de daros mi Cuerpo y mi Sangre». ¿Y qué entusiasmo no tuvo al prometer á los cafarnaítas el Misterio de la Eucaristía? ¿cuánto no bregó con estos incrédulos? ¿de cuántas palabras no se valió para declarar el Misterio? Si todos los beneficios con que Dios favoreció al hombre no fueron más que una simple preparación para concedernos la preciosa dádiva de la Eucaristía, y antes de otorgar aquéllos usaba de frases que admiraban; ¿qué palabras no emplearía para disponer á su pueblo al beneficio del Sacramento Santísimo? con qué gusto y con qué pasión divina no las revelarían? Todos los dones que el Omnipotente ha otorgado al mundo fueron limitados, pero el de la Eucaristía es infinito; y para realizarlo fué necesario singular esfuerzo de parte de la Divinidad; por esta razón asegura el abad Gué-